

licores, medicinas, herramientas y armas».

Es el dinero el que elimina descubrimientos y productos nuevos porque amenazan a los intereses existentes. Burroughs denuncia una serie de casos límite, en los que al intentar combatir determinados defectos de la civilización industrial, el control del dinero fabricante de esos defectos ha podido más que el interés liberalizador de la comunidad.

— La clase médica escamotea el acumulador de oronas de Reich y sus descubrimientos sobre los usos y peligros de la energía orgánica.

— Suprimen el uso masivo de vitamina E para prevenir ataques del corazón y de vitamina A para curar simples constipados, en beneficio de productos farmacéuticos encarecidos y comercializados.

— Se impide el uso de apomorfina en el tratamiento del alcoholismo y de los drogadictos, así como en la regulación de los trastornos del metabolismo.

— Los especuladores del suelo sabotean proyectos de viviendas como las Lustron: casas prefabricadas a base de acero esmaltado y una capa aislante exterior, a prueba de termitas, de oxidación, de años. Podía haberse vendido a 5.000 dólares (unas 350.000 pesetas) en Estados Unidos. Se bloqueó la adquisición de los materiales necesarios.

— El coche Tucker solucionaba buena parte de los problemas derivados del imperio del automóvil. Se bloquearon las materias primas destinadas a Tucker y tuvo que desistir de su proyecto.

La fábula del «viaje eterno», que el humor del cine británico plasmó en *El hombre del traje blanco*, ha dejado de ser una fábula. Los poderosos intereses industriales controlan el mercado, fijan precios, exterminan todos aquellos productos que satisfagan una necesidad por la vía de la ruptura con las normas establecidas. La cárcel del hombre contemporáneo no es sólo una cárcel política, sino también consumista. Delinquir contra el orden establecido no es sólo una cuestión de transgredir las leyes, sino también de tratar de salir del inmenso SUPERMERCADO. Atentar contra la oferta y la demanda es casi tan grave como atentar contra un jefe de Gobierno.

Y el control es universal

Retomemos la afirmación-pregunta dostoyevskiana: Si Dios no existe, todo está permitido. La ley se

ha encargado de hacer inviable esta formulación. Se ha creado un código de conducta, según el cual se premia o se castiga. Como meta global de los que escogen la vía premio, aparece un rótulo luminoso donde relampaguea la palabra éxito. «Triunfar en la vida», el «slogan» que nos ha acompañado en toda escolaridad, no era otra cosa que alcanzar las más altas cotas de seguridad y respeto ajeno, basados respeto y seguridad en no violentar los códigos establecidos.

Precisamente, el descrédito del premio, de lo que se entendía por premio, ha condicionado la actual situación, en la que lo establecido está históricamente desarmado y comprensiblemente desprovisto de elementos-comprensión de todo lo que se niega. La reacción por parte de ese obscuro pulpo es perfeccionar la adiposidad de sus patas y envolver al mayor número posible de gentes, preventivamente, por si no aceptan el encantamiento del premio o el riesgo del castigo.

Burroughs es muy lúcido en este tipo de formulaciones. Por ejemplo, brinda una magistral explicación del por qué la ciudadanía de Estados Unidos no es consciente de los «errores de fondo» de su civilización, de su exportada civilización. Pero, en cambio, Burroughs se ahoga a veces en la poética o se queda definitivamente en su marginación peculiar, en la otra orilla, desde la que contempla un mundo sospechosamente heterosexual. Así puede decir que se es feliz en España porque la pobreza mantiene a la gente ocupada: «Allí puede usted ver la felicidad por la calle, en la cara de la gente, lo que no verá en las calles de Suecia». En cambio, su definición de lo que es política le haría especialmente infeliz entre nosotros: «Es necesario crear en cualquier momento tantos nuevos conflictos como se pueda, y siempre agravar los conflictos existentes».

Llevado por el humorismo o una inmensa, cosmológica amargura de ser inmensamente inmerecido por los tiempos, Burroughs prefiere nacer en una probeta que de una mujer. Mas bien me inclino por la hipótesis del humor, porque Burroughs añade que de esta manera (según el tamaño de la probeta, supongo) naceríamos en una edad conveniente «... y no tendríamos toda esa infancia».

Pero el otro Burroughs, el que se enfrenta a la viscosidad del control, el que quisiera romper esa lasciva memoria del poder, el que querría destruir el fichero que día a día se construye y sitúa al ciudadano por debajo de una original sospecha, de un nuevo concepto de «pecado original»... ese Burroughs es un testigo de excepción que puede ayudarnos a ver el ojo secreto, la omnipotente cámara de televisión que nos acompañará desde el nacimiento a la muerte. ■ M. V. M.

